



EL CAMINO HACIA LA REFUNDACIÓN

Durante muchas décadas fue el espacio para el reclutamiento y renovación de cuadros, para cohesionar a las distintas fracciones políticas, para subordinar y controlar a las corporaciones obreras y campesinas, para socializar la ideología dominante y para canalizar las demandas sociales, pero siempre bajo la tutela del jefe del ejecutivo. Todo esto comenzó a debilitarse y a entrar en crisis a partir de 1987 cuando, con miras a las elecciones presidenciales de 1988 y la postulación del candidato del PRI, se rompen las reglas no escritas de la sucesión presidencial, el proyecto ideológico ya no es compartido por todos, se dan rupturas en el interior del partido tanto entre los dirigentes como entre las bases, con la consabida pérdida de votos y espacios electorales que condujeron al PRI a su máxima derrota electoral cuando perdió la presidencia de la república.

A manera de antecedente los dirigentes del PRI han mostrado -además de sentido común- tres sentidos no muy comunes: sentido histórico, sentido de Estado, sentido de la realidad. Se necesitaban todos para pensar y ejecutar la operación cohesiva que llevó a la fundación del PNR (1929), la no menos compleja incorporación al PRM de los sectores sociales y del Ejército (1938), la transferencia pacífica y

voluntaria de poder de los militares a los civiles durante la tercera refundación del partido (1946). Gracias a esos cimientos, en un marco internacional de turbulencia, México consolidó la paz, el estado social benefactor y un régimen civil. Y mientras América Latina se precipitaba en los toboganes de la dictadura o la anarquía, el país gozó de un largo período (1946-1968) de crecimiento económico con estabilidad política.

Uno de los clásicos de la ciencia política contemporánea calificó al PRI como un enigma: "Hay todo género de errores conceptuales, de interpretación y de predicción que son resultado de nuestra incapacidad para introducir en ningún marco adecuado al PRI mexicano, el famoso Partido Revolucionario Institucional".



Sartori incluyó su breve reflexión sobre el "famoso" PRI en el capítulo 7 de su texto citado, capítulo titulado "Sistemas no competitivos", dentro del párrafo 7.3. denominado "El partido hegemónico" (pp. 277-289). No lo incluyó, valga subrayarlo, dentro del análisis de los sistemas de partido único, de los cuales escribió: "Los Estados de partido único son más o menos opresivos, más o menos omnipresentes, más o menos intolerantes, más o menos extractivos. Esto equivale a decir que las comunidades políticas unipartidistas varían en cuanto a la intensidad de la represión, del control coercitivo" (Sartori, *op. cit.*, p. 265).

Dentro y fuera de México la discusión sobre el lugar que corresponde al PRI en los sistemas de partidos prosigue. Los cambios ocurridos desde 1979 a la fecha, y en particular desde 1988, cuando por vez primera en su historia el PRI estuvo ante la posibilidad real de perder la presidencia de la República, han reavivado el interés y el debate acerca de su naturaleza.

Una buena parte de los estudiosos del PRI se ha inclinado por la simplificación, tendencia agudizada por el derrumbe y desaparición de la mayoría de los partidos gobernantes de las naciones del ex bloque socialista. Bajo esa tendencia se había vuelto lugar casi común, en México, calificar al PRI como un "partido de Estado".

Para quienes adoptaron el camino de definir al PRI como "partido de Estado" cabe recomendar la lectura del propio Sartori en su capítulo sobre el "Sistema de Estados partido" (pp. 66-74), y en particular la nota de pie de página incluida en su párrafo relativo al "pluralismo unipartidista" (p.75, np.27), en donde Sartori afirma de manera contundente que "de hecho el único caso claro es el de México"... al que, sin embargo, pasó, como ya apuntamos antes, a los sistemas de partido hegemónico. La confusión era, y es, generalizada.

Calificar al PRI como un "partido de Estado" no forma parte del esfuerzo analítico para desentrañar su naturaleza; esa adjetivación debe ubicarse en el terreno de la lucha política, de la propaganda en la disputa por el gobierno.

Subsiste, sin embargo, la definición de la naturaleza del PRI, su lugar dentro de las categorías de partidos y sistemas de partidos. La explicación de su persistencia en el poder, de su capacidad de adaptación y cambio, de su hoy renovado esfuerzo por transformarse.

Las elecciones de 1988 significaron un trauma de dimensiones inéditas para la estructura priísta, pues vinieron a confirmar lo que hasta entonces sólo se intuía: la inoperancia de los viejos mecanismos corporativos de cooptación y control del voto. En julio de 1988 una ciudadanía mayoritariamente urbana demostró que podía usar su voto como arma de protesta, sin que los mecanismos de control pudiesen impedirlo.

Desde 1989 el PRI ha venido experimentando un conjunto de transformaciones que configuran el más profundo intento de refundación que haya vivido desde su surgimiento.

Ante la mayor debilidad del PRI hacia el exterior se ha ido dando en el interior un proceso de democratización en que los espacios para las bases se han incrementado.

Si bien los estatutos fueron modificados, en la búsqueda de métodos menos antidemocráticos para la elección de dirigentes y la selección de candidatos, después de unas pocas pruebas, la dirigencia priísta optó por generalizar lo que en sus estatutos es una excepción, las candidaturas de "unidad" a los cargos de elección popular, al mismo tiempo que la democratización de los procesos de elección de los dirigentes siguió siendo mero formalismo por la persistencia del "candidato único".

En una complicada combinación de intereses, el PRI preservó las viejas estructuras corporativas, a las cuales otorgó el espacio de los movimientos gremiales, sindicatos de burócratas, comerciantes, colegios de profesionistas, abriendo junto a ellos dos espacios organizados que han resultado de singular importancia para la preservación de la influencia priísta: la organización territorial y el movimiento ciudadano.

De la lectura y análisis de dichos documentos es posible desprender el núcleo fundamental del proyecto de refundación: la desaparición de los sectores corporativos (obrero, campesino y popular) y la conversión del PRI a un partido territorial, de libre afiliación, con organizaciones que apoyen su plataforma, sin adherirse orgánicamente a su estructura.

Ese cambio constituiría una verdadera refundación, pues supone el abandono de la forma concreta en como el PRI se ha organizado y existido desde 1936. En otras palabras, estamos en presencia del esfuerzo más importante para transformar, desde el poder y con sus recursos, a un viejo partido creado a imagen y semejanza de sus congéneres ya desaparecidos, que ha mantenido !

a lo largo de más de medio siglo una innegable capacidad de adaptación a las renovadas y cambiantes circunstancias.

Por vez primera en su historia, el PRI contaba con una estrategia y un dispositivo organizado destinados a competir entre los ciudadanos sin partido. De ese esfuerzo han surgido los llamados movimientos y frentes, a través de los cuales se pretende establecer relación con organizaciones no adheridas al PRI con presencia en la sociedad.

“Una cosa es el debate entre los partidos, incluso en el interior del priísmo, y otra muy diferente el voto ciudadano”.

En torno a causas ciudadanas, como la ecología, los discapacitados, los jóvenes, los artistas, los llamados "frentes" han logrado articular una red que ya constituye una importante confluencia de organizaciones a las que, por vez primera, no se les plantea ingresar al partido oficial, sino que se trabaja con ellas con respeto a su autonomía y capacidad de decisión.

En estos términos la refundación debe conciliar el proyecto de dotar al PRI de una nueva forma organizativa y nuevas maneras de actuar en la búsqueda de la preferencia ciudadana en las urnas, con los intereses y resistencias de las añejas estructuras corporativas.



Contra lo que comúnmente se cree, las evidencias disponibles indican que el PRI ha discutido y reflexionado, ha experimentado cambios. Aprendió las nuevas artes de la ingeniería electoral: revaloró la presencia ciudadana e intentó incorporarse al debate nacional, buscando una nueva forma organizativa, pero no parece darse cuenta de la profundidad y sentido del cambio que ocurre en México.

La justificable impaciencia opositora ha querido ver en las contradicciones y debilidades del PRI el signo inequívoco de su fatal crisis. Olvidan un hecho fundamental: la capacidad de recuperación demostrada; Al parecer, el pragmatismo del PRI, que ha dejado perplejos a todos los que de él se han ocupado, no se ha extinguido.

La prisa que marca a los partidos opositores, acentuada en sus ideólogos y estrategias, los ha llevado, una vez más, a decretar el fin inexorable del sistema de poder. Para desgracia de los bisoños ideólogos de la crisis final del sistema, éste parece tener todavía un arsenal de recursos por utilizar. Quizá, el no ser un partido de Estado, en el sentido estricto de la palabra, termine por otorgarle al PRI, a ese viejo animal político, su capacidad de adaptación y sobrevivencia.

La pregunta que está buscando respuesta es sí el PRI, ese animal político incomprendido por propios y extraños, será capaz de negar la regla, para convertirse en un gran partido de oposición.

El PRI no necesita cambiar de sede ni de siglas. Lo que necesita es alentar el voto libre, responsable, realista, informado, moderno, de sus militantes en cargos de representación, en torno a las grandes reformas estructurales que el país requiere.

Rev. Mex. Sociol vol.67 no.2 Ciudad de México abr./jun. 2005

Enrique Krause, Artículos /Política 31 agosto 2003

Francisco Reveles Vázquez, coord. *Partido Revolucionario Institucional: crisis y refundación*

El Partido Revolucionario Institucional. Algunas notas sobre su pasado inmediato para su comprensión en un momento de reorientación.

Guillermina Baena "La participación de las bases en el Partido Revolucionario Institucional".